

Las reflexiones de Lino Novás Calvo
Mares, aventuras, civilizaciones
La Revista de *Avance*

Pocos críticos de la modernidad literaria hispanoamericana se han detenido a estudiar la obra del narrador y ensayista gallego-cubano Lino Novás Calvo. Y, sin embargo, no sólo es un puente privilegiado entre los dos mundos, sino también uno de los más notables escritores que absorben la herencia de las vanguardias históricas, incorporan el legado estético ruptural de las literaturas anglosajonas a nuestra lengua, y uno de los más vigorosos renovadores de la prosa del siglo. Situado en una época especialmente significativa, integra el grupo de *Avance* y contribuye a plasmar el discurso sincrético de la modernidad. Unos cuantos ensayos suyos publicados en la *Revista de Occidente*, constituyen el material sobre el que incide el presente trabajo¹.

Nacido en Granas de Sor, villorio de Lugo, el 22 de septiembre de 1905, arriba a La Habana en 1912, cuando sólo contaba siete años de edad. Su condición será la del emigrante pobre del «solar», vendedor en las calles habaneras primero, en los campos de caña de Camagüey y en los cayos de los cuales se extrae el carbón más tarde, experiencia vital que explica su particular atención hacia el mundo campesino y al del proletariado urbano. Novás Calvo fue fondero, fabricante de gorras, vendedor de pacotilla, «fotinguero», periodista. Y supo integrar esta rica experiencia en su peculiar registro literario. En *Avance*, con Mañach, Lizazo, Francisco Ichaso, abre la brecha renovadora de la tercera década del siglo en la literatura cubana. Después, en el *Diario de la Marina*, y ya en Madrid, la revista *Orbe*, la *de Occidente*, *La Gaceta literaria*, la *Revista de Estudios Históricos*, y los periódicos *El Sol*, *La voz*, *Diario de Madrid*, continuará canalizando su inquietud informativa y literaria. Durante la Guerra Civil, es reportero en los frentes de Madrid, Valencia y Cataluña. Vivirá posteriormente en Cuba y desde 1960 en los Estados Unidos.

1. Este trabajo forma parte de otro más extenso, que se halla en curso de realización.

Es, sin duda, el novelista y ensayista cubano Lino Novás Calvo, el escritor hispanoamericano más prolífico de la *Revista de Occidente*. Desde 1932 hasta 1936 entrega un total de diecinueve colaboraciones, entre las cuales predominan notablemente los ensayos. Algunos relativos a materias históricas, sociales, económicas, como «*Nantes en la trata de negros*», motivado por un libro de Gastón Martín a propósito del mercado esclavista más importante de Francia en el siglo XVIII. (*Gastón-Martín, Nantes au XVIIIe. Siècle. L'Ere des Négriers 1714 y 1774. D'après des documents inédits*. París.

Este trabajo es parte de la larga investigación del autor sobre la trata de negros esclavos, cuyo fruto será *El negrero*, biografía novelada del malagueño Pedro Blanco Fernández de Trava, uno de los siniestros artífices del negocio que determina el establecimiento de la población africana en el Caribe. Nantes, como Liverpool y Cádiz, es el asiento de los armadores, quienes, junto al capitán de buque, el factor y el colono, constituyen los pilares del tráfico negrero:

«A través de este cuarteto se opera la transformación social e histórica del negro africano, que llena todo el espacio que va del descubrimiento de América a las luchas de su independencia. Cada uno de estos personajes viene a ser con el tiempo tronco de una familia, clase, características. El factor es el eje de un grupo europeo; el capitán negrero de un grupo nómada y flotante; el factor de un grupo africano y el colono de un grupo americano; raíces históricas de los siglos XVII, XVIII y gran parte del XIX»².

Si el tema de la esclavitud negra y su comercio suscitó un debate intenso y apasionado ya a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, el de la trata no ha ido más allá de las protestas filantrópicas de los abolicionistas y las narraciones, llenas de fantasía, de novelistas y misioneros. Los diarios de a bordo de los capitanes negreros constituyen documentos valiosos, pero son escasos. Gastón-Martín, estudioso de la vida social de Nantes en el siglo XVIII, ha rescatado algunos. Pero sus esfuerzos deben ser imitados, deben redoblar y aun multiplicarse si se quiere lograr un conocimiento profundo de la trata negrera.

En rigor, el negrero, como el factor y el colono, pertenecen a sociedades en formación, son el *lumpen* que a través de la trata accederá a posiciones sociales sólidas. El armador, en cambio, permanece en tierra y nos proporciona los libros donde constan los asientos de las partidas generadas por la trata. Y los de Nantes revisten particular interés, pues ésta (le sigue Burdeos) es la ciudad francesa más significativa para el tráfico negrero, y es, a la vez, clave de la expansión francesa en esta época. Pero mientras el factor y el colono están asociados y realizan su negocio en compañía, cuando no

2. XXXVIII, 113, pp. 217 y ss.

coinciden en la misma persona, el negrero está solo. Esta razón es, evidentemente, la clave de la elección del tema de *El Negrero*:

«...la trata no es tampoco un hecho aislado en la historia de esa época, sino el centro de ella misma. Los armadores son a veces simultáneamente financieros de empresas de conquistas en África —en cuyo caso factor y armador pertenecen a la misma familia— o en América —por lo cual se funden también el colono y el armador.

«El único que nace, vive y muere solo es el negrero propiamente, el encargado de transportar la mercancía humana de África a América. Este personaje, casi fabuloso, surge como por encantamiento cuando el padre Las Casas viene a demandar de sus soberanos la sustitución del brazo indio por el brazo africano, y muere al fin a fines del siglo XIX, cuando los cruceros ingleses, franceses y norteamericanos cuelgan al último de sus vergas. Muere el negrero dejando tras sí una estela fantástica, perseguido por todas las maldiciones, acosado por todas las fuerzas naturales y humanas; pero no deja herencia. La filantropía suprimió la trata y exterminó uno de sus actores, dejando incólumes a los otros tres. Y exterminó precisamente aquel que más derecho —el derecho que da el arriesgar su vida en cada minuto— tenía a vivir. Con él muere su historia, pues lo que queda no es más que un eco, a veces mítico, de esa historia³.

Aquí puede apreciarse el impulso que lleva al autor a la elección de su tema, que reúne el malditismo, el aura legendaria y el accionar múltiple. Es decir, la epicidad suficiente. Y logra así completar para la ficción —si no para la historia— el ciclo de la esclavitud. La novela abolicionista del siglo XIX se ocupó de ella, investigando su decurso y modalidades en el ingenio y en la ciudad, y fue elaborada gracias a una tenaz labor de documentación por sus narradores. Falta sólo recrear la figura del cimarrón —lo que harán en la segunda mitad de este siglo Miguel Barnet y César Leante— para completarlo.

Sin duda, el éxito de *El negrero* se debió a tres razones: su temática, con su intensa carga de atracción y de repulsión, su índole biográfica, prueba de verdad de lo que se afirma y narra, y su estructura novelesca. El tema negro, revulsivo como pocos, al recalcar en la figura del tratante malagueño adquirió de pronto un tinte local desacostumbrado. Esperamos hallar traficantes de diversas nacionalidades, pero difícilmente nos resistimos al aura maldita de los propios. Si a ello le sumamos la minuciosa investigación de su autor —basta consultar la biografía en la cual se documentara—, el hecho de que eligiera la forma dilecta del relato de aventuras no hacia sino completar felizmente las razones del acierto. Los múltiples viajes de Pedro, su infancia misérrima, su orfandad desgarrada, el incesto y las frustraciones, acaban por arrojarlo al abismo del mundo, del mal y de

3. *Ibid.*

lo condenable. Pero su esforzado talante, su voluntad inquebrantable, su heroicidad hercúlea, lo convierten en el maldito solitario, víctima y victimario, al mismo tiempo, de la extraordinaria situación social que le dio origen.

La inserción del relato de aventuras en la gesta reprochable del negrero respondía, sin duda, a un gusto por lo épico y lo fantástico bien asentado en Novás Calvo, implícitos en su concepción de la literatura, suerte de elogio y potenciación de la vida.

Para la *Revista de Occidente* elabora otros ensayos sintomáticos y complementarios, que, en rigor, pertenecen a la historia y a la filosofía de la historia —así lo considera José Gaos, en su *Índice*, criterio que compartimos—. Ellos son: «Las espuelas del general Nogales», suerte de crónica de la vida aventurera de Rafael Nogales; «Donde el Oriente se encuentra con Occidente», a propósito de Singapur; «A remo y a vela», pequeña historia de la navegación; y «El Olonés, “hermano de la costa”», donde aborda el tema del filibusterismo y el colonialismo en las Antillas.

«Andando, andando halla uno, a veces, lo contrario de lo que busca. Entonces le queda la nostalgia, y se mete a buscar en los libros lo que no ha entrado en la vida. Quizá por eso he dado en preguntar yo por héroes de la aventura, y éstos en salirme al paso (...). El último de estos hombres —balas perdidas— me lo hallé en un libro fresco aún de la imprenta llamado *Silk Hat and Spurs*. El héroe, y autor a la vez, se dice aquí Rafael de Nogales (...)»⁴.

He preferido la cita del comienzo del ensayo, antes que su glosa. Ello para ofrecer al lector una muestra del estilo (evidentemente, se trata de cuento-ensayo, género fronterizo caro a un buen número de escritores hispanoamericanos) narrativo y aseverativo de estas composiciones.

La vida de Rafael Nogales participa a la vez de lo insólito y lo atractivo. Nacido en Venezuela, su niñez transcurre en Alemania, su adolescencia en Barcelona, estudió letras y abrazó la carrera militar en Bélgica, atravesó los Alpes a pie, y desde Cádiz se enroló en la guerra de Cuba, donde obtuvo la cruz del Mérito Militar. Haití, Marruecos —donde combatió a los piratas del Rif—, Túnez, Trípoli, El Cairo, Bombay, Sumatra, el África occidental, son los sucesivos escenarios en los cuales transcurren sus singulares y espeluznantes aventuras. Nogales ha de retornar después a América, en su país se vuelve opositor del presidente Castro, en Santo Domingo participa en diferentes intentonas revolucionarias. Prisionero en Sans Souci, donde fue atrocemente torturado y estuvo a punto de morir fusilado, pudo escapar, siendo finalmente recogido por unos pescadores que lo llevaron nuevamente a Santiago de Cuba. Luchó, enfermo de malaria, contra el presidente Rodríguez, de Honduras, y contra Estrada Cabrera. Pero las complicadas, variadísimas y más que azarosas aventuras centroamericana-

4. «Las espuelas del General Nogales», XLIV, p. 130.

nas no detienen a Nogales. También irá a China, a México, a Persia, como oficial de las fuerzas expedicionarias turcas durante la primera guerra mundial... En fin, sólo Méndez Pinto, aventurero del siglo XVI, fue capaz de sortear tantos peligros como Nogales. Lo que nos interesa es la atracción irresistible que Novás Calvo experimenta hacia esta historia llena de avatares, esquema que elabora aquí para su aplicación en *El Negrero*.

Interesan sus observaciones respecto al modo de narrar de Nogales —«¡Lástima que tan maravillosas andanzas no estén narradas de un modo orgánico y preciso!»—, sus puntualizaciones relativas a aspectos constructivos del discurso —«... zigzaguea, rompe con el tiempo y la narración, introduce anécdotas, se adentra en las selvas centroamericanas... etc.»—. Pues todas ellas conducen a la consolidación de su arte poética.

En el siglo XVI, tiempo en que las naves españolas y portuguesas combatían por el botín y por la fe en los mares del mundo, Malaca, las Filipinas y los mares del Sur fueron dominados por portugueses, españoles y holandeses. Del otro lado de la península Malaya —sombra selvática enmarañada—, las edénicas islas de Java, Borneo, Sumatra, Singapur, la pequeña isla, fue escala comercial y punto de encuentro del Oriente y el Occidente, paso estrecho hacia el Oriente definitivo⁵. En el siglo XIX los ingleses lo convierten en una especie de Gibraltar, antes de Gibraltar; fue factoría importante en el comercio con China, propiedad de la compañía del Este y pieza clave para el Imperio en el lejano Oriente. Al finalizar el siglo, los grandes palacios de mármol, los templos, las salas de espectáculos, almacenes, tabernas, burdeles, ven el paso de miles de embarcaciones por su puerto. El caucho —llevado de contrabando desde Brasil—, las fundiciones de estaño —la principal riqueza de Bolivia—, fueron la base de su prosperidad sin precedentes.

Esta fabulosa ciudad, centro remoto de confluencia de razas e intereses, equidistante y al mismo tiempo implicada en los dos mundos, reúne lo miserable y lo fabuloso de ambos. Pero, además, contiene lo primitivo y lo moderno, la rudeza occidental y la malaya, no sólo la prosperidad que la vincula con Europa y con América, sino las trazas arquitectónicas y culturales de siglos diferentes.

Los piratas malayos, los tigres y los árboles del coco, verán llegar portugueses primero, y luego los ingleses con su ferrocarril y los árboles del caucho, sus bancos y motores, y los chinos industrioses. Es más que un símbolo, dice Novás Calvo. En efecto, es fácil advertir que se le aparece leyendaria.

Y es ésa sin duda la razón de su atracción sobre este viajero múltiple, vitalista contumaz, curioso periodista y escritor que promoverá la alquimia de lo disímil, la ruptura de los moldes rígidos, de la noción unificada de los seres y las cosas.

5. «Donde el Oriente se encuentra con el Occidente», L. 148, p. 122.

«Esta es una vieja historia, un cuento lento. No es el romance de las grandes y pequeñas hazañas realizadas en los mares, sino el de la evolución desigual de los vasos en que y con que se efectuaron esas hazañas, la historia en el agua»⁶.

Así reza el comienzo de «*A remo y a vela*», que historia narrativamente —siguiendo al holandés Hendrik Van Loon y su *Conquista de los mares*, en la familiaridad en el tratamiento de la historia—, la navegación. El impulso inicial, dictado fundamentalmente por el hambre y la rapiña, ordena los períodos históricos de la historia de la navegación. No la curiosidad, sino la rapacidad, el deseo de apoderarse de las presas de la ribera opuesta. Distingue así tres grandes períodos: el de la esclavitud, el que transcurre desde el descubrimiento de la pólvora, y el que comienza cuando ya se utiliza el vapor.

En el Asia meridional surgió el primitivo vaso, las piraguas largas y de proa alta dotadas de contrapeso flotante surcaron después los mares del Sur, con su vela primitiva de piel seca y su remo o pala. Hace ya miles de años, mientras en la China legendaria que habría de deslumbrar a Marco Polo, el junco y sus esteras atravesaban las aguas y protegían de las tormentas. Las informes barcas egipcias, las cestas redondas recubiertas de arcilla de los babilonios, los navíos estrechos y largos, dotados de dos velas y de anclas de los fenicios, todos fueron impulsados por la misma apetencia de poder y de riquezas. Pertenecientes al mismo sistema social, basado en la esclavitud, apenas sí evolucionaron en lo esencial, con un importante estancamiento bajo el dominio de Roma, que lleva a cabo casi toda su conquista por tierra.

En cambio, los pueblos del Norte, aprovechando la abundancia de sus bosques y huyendo de sus tierras desoladas y el mayorazgo, arrostran con sus *drakars* la intemperie, navegan contra el viento y se dirigen al Sur y al Noroeste hacia una mayor libertad. Las cuadrillas de desesperados que formaban los vikingos en un primer momento, devienen señores del mar y se apoderan de las islas británicas.

La civilización latina y la normanda se encuentran hacia fines del siglo XII, con Ricardo Corazón de León y la tercera cruzada. El descubrimiento de la pólvora, que permitió instalar cañones, y con ellos, mayor peso, origina nuevos cambios. Aligerar las naves, hacerlas menos pesadas y más veloces, fue un imperativo que hizo que los pesados galeones resultaran ineficaces. Pronto la carabela y la carraca, fundamentales en el momento del descubrimiento, ceden su lugar, con el ocaso ibérico en el dominio de América, para dar paso a los veleros. Son las elegantes y veloces goletas, bergantines, fragatas, clippers, del siglo XVIII, símbolo romántico de la era en que los europeos no necesitaban «ser», sino aparentar, ya logrado el dominio de los mares y perpetrado el saqueo de las colonias.

6. «A remo y a vela», L, 149, p. 225.

El barco de vapor significa el fin del velero y del romanticismo en el arte y en la literatura: «...y las velas manchadas por el humo, se vistieron de luto». Hasta aquí la historia de la navegación de Novás Calvo, en vísperas de la nueva era, antes de que los aviones inicien la conquista del aire.

Las guerras ordenan la historia, viene a decirnos. Fueron batallas decisivas las que determinaron los cambios en el tipo de embarcación; las guerras definen las épocas, delimitan la marcha de los procesos, configuran el perfil de esta humanidad. El arte y la literatura, la significan como cifra, como símbolo.

En su reflexión sobre la historia Novás Calvo acusa de lleno el impacto de su experiencia americana. Su punto de vista tiende a ser ecuménico, a relacionar países y culturas. Difícilmente considerará a España con prescindencia de su proyección colonial. Hay una visión interna y externa de lo español, de su situación en el mundo, que vuelven particularmente rica su reflexión.

Ello puede apreciarse en su ensayo «*Filipinas en Vísperas*»⁷, refiriéndose a la independencia de la otrora colonia española. El comentario, que llama «peregrinación emocional», incide en el libro *Filipinas, orgullo de España*, del físico español Julio Palacios. El legado hispánico se les aparece como factor de cohesión de los filipinos frente a la nueva dominación norteamericana (curiosa observación: cree hallarlo también en las clases medias argentinas, que se defenderían así del capitalismo extranjero tanto como «de los movimientos proletarios»).

Novás Calvo aborda aquí un aspecto importante de las realidades de las colonias: el cruce racial. Alaba la escasez de prejuicios de los españoles frente a los anglosajones, aun cuando cree que históricamente esa falta de prejuicios es una debilidad, pues

«...el mestizo y el mulato fueron siempre los que más atacaron la obra de sus padres».

si bien:

«...hoy en Filipinas es indudablemente una vía de intercambio espiritual más ancha que las múltiples carreteras construidas en lo que va de siglo»⁸.

Es decir, espiritualismo frente a pragmatismo o materialismo. ¿Cuál es más eficaz? Las colonias se perdieron por falta de visión práctica, pero ahora en la independencia la espiritualidad va a desempeñar un papel significativo. El cruce racial supone merma del poder, pero en Filipinas ello es factor que nos permite mantener la comunicación, y velar por nuestros intereses.

7. «Filipinas en vísperas», L. 150, p. 326.

8. Ibid.

Son atinadas sus observaciones en relación al idioma: con la independencia, el nacimiento fortalecido tendería a imponer el tagalo y los otros idiomas nativos, renunciando al inglés y al español, aislándose de occidente.

Pero la influencia y la penetración japonesas son cada vez mayores. A Novás Calvo no se le escapa el avance de esta nueva potencia sobre los países occidentales. Y de las Filipinas, unidas a los pueblos asiáticos sobre los cuales pende su tutela y su amenazante poderío.

Los imperios coloniales europeos, en especial el inglés y el francés, y también el de los Países Bajos, son esenciales en el desarrollo capitalista de las naciones europeas occidentales. Los piratas y mercaderes se confunden en una historia de saqueos y aventuras. Nau el Olonés representa el apogeo del filibusterismo, que tiene lugar a mediados del siglo XVII, después de lo cual Gran Bretaña se consolidará como potencia colonizadora. Henry de Marquand escribía en 1930, la biografía del pirata. (*Grandeur et misère de l'Olonnais*, París, Gallimard, 1930).

Fue en el Caribe, en la legendaria isla de la Tortuga, donde ejerció su ministerio una verdadera armada filibustera al mando del Olonés. Hacia 1666, apoyándose en los negros cimarrones y en los indios rebeldes que ansiaban su libertad, y en los rezagados que no habían logrado bienes ni encomiendas en el reparto del botín originario —el río revuelto de la historia, fuente de motines y guerras civiles—, se dio a la caza de tesoros escondidos en Maracaibo y Gibraltar. Su renombre por tales «hazañas» fue sólo superado años más tarde por Morgan, el pirata inglés.

Como solía ocurrir, sus aventuras finalizaron, en el islote de Guanaba, con el reparto del botín entre sus secuaces. Los filibusteros, tras secuestrar las naves y saquear las poblaciones, no solían establecerse en las tierras así ganadas. Estas son, en rigor, las primeras tierras coloniales, ya que monarcas y protectores legitimaron la propiedad de las tierras ocupadas, en principio sólo como factorías: puestos de descanso y abastecimiento.

Un aspecto verdaderamente curioso del filibusterismo reside en su estructura social comunitaria: desde la conformación del acervo inicial (perros, esclavos, armas, víveres) hasta el reparto en lotes iguales, distribuidos por grados. La severidad de los «hermanos de la costa» para con el cumplimiento de sus leyes era proverbial (las penalizaciones: abandono en isla desierta, horca, etc.). Con el reparto terminaba la sociedad comunal, pero no sus normas, que condicionaron las empresas futuras. Las factorías evolucionaron: fueron colonias agrícolas. Cuenta Novás Calvo que M. Ogeron, protector del Olonés y gobernador de la Tortuga, recibió de Francia un lote de cincuenta mujeres francesas, para casarlas con filibusteros y fundar así el primer tronco de familias francesas en las Antillas. Fueron vendidas y compradas por los colonos en pública subasta.

Figura sanguinaria del filibusterismo, el Olonés acaba sus días en Nicaragua, a manos de los indios. No fue un jefe de guerra destacado, pero para la Francia colonialista fue importante: deja en ella el sello de su extraña

hermandad. Los hermanos de la costa facilitaron a los ingleses, en particular, su modelo de conquisita, las escalas para la fundación de dos grandes naciones, elevando sus piratas a los rangos superiores. Lino Novás Calvo aprecia también los hechos extraordinarios que conforman su historia individual, su heroicidad, aun cuando no silencie sus crueldades y asesinatos múltiples, que relata describiéndolos. Lo que definitivamente lo atrae es su carácter representativo.

El tema judío, exacerbación de la diferencia racial, cultural, religiosa, no podía dejar de interesar al fino observador de las civilizaciones que nos ocupa. El ensayo de Milton Steinberg «*How the Jew did it y How the Jew does it*», publicado en la revista *Atlantic* por estas fechas, y el libro de Simon Doubnov *Histoire Moderne du Peuple Juif*, sirven a su reflexión⁹. La extraordinaria cohesión, el código de conducta individual y social, el profundo sentimiento religioso concomitante a sus actitudes cotidianas. La hostilidad padecida, desde los tiempos babilónicos, la dispersión que no implica pérdida de sus instituciones: al contrario, los nuevos contingentes de judíos deportados por los emperadores romanos hallan ya un pueblo organizado en el exilio. La historia no los preparó sino para el destierro. Idealizan finalmente su propio mundo, imposibilitados de integrarse en los otros. El *ghetto* medieval, para los que llegan a creerse pueblo elegido, el sentimiento de importancia y dignidad, su extraordinaria perseverancia basada en la lealtad a sus costumbres. Es decir: no puede haber pacto con la Iglesia, la turba, el Estado. Lo impiden la preparación, el aislamiento, la cultura. Con la Revolución Francesa, las fronteras del *ghetto* ceden, la Diáspora deja paso a la Edad Moderna. El radical, el arribista, el cínico, el chauvinista, el reaccionario, el tradicionalista, son las diferentes actitudes que pueden señalarse. Su indecisión, aprecia Novás Calvo, no es sino la de todos los emigrados, como los gallegos en Hispanoamérica y los irlandeses en Norteamérica. El siglo XIX vio enfrentarse a reformistas y ortodoxos. Actualmente, la larga relación que desde la Revolución Francesa mantienen con los gentiles, vuelve imposible el retorno al judaísmo medieval: es preciso no evadirse ni de la propia condición judía, ni del mundo exterior al que se encuentran vinculados. Reflexión que todos los emigrados —y Novás Calvo lo era— comparten, seguramente. Integración sin pérdida de la identidad, respetando la diferencia, es la solución común deseable para todas las culturas desplazadas de su lugar de origen e insertadas en otras.

En «*La epopeya del petróleo*»¹⁰, Lino Novás Calvo vuelve a referirse al dominio de Asia, África y América del Sur por parte de las potencias europeas occidentales. El petróleo, que da vida a las máquinas, hace posible el dominio: la «sangre negra» se le aparece como la máxima fuerza del progreso en la era del maquinismo. Es «el tema épico de la civilización meca-

9. «Sobre judíos», XLII, 125, p. 224.

10. «La epopeya del petróleo», XLVI, 138, p. 330.

nicista», sentencia. En su faceta épica, la gesta de la civilización se le presenta vertebrada por el petróleo. Ensayo que vincula la crítica literaria y la filosofía de la historia, la narración y la noticia, en él se aunan el examen de uno de los hechos capitales en la marcha de los negocios del siglo y el gusto por la épica, cuyo aliento otorga amenidad a la exposición del asunto. No nos interesa tanto el aserto de sus propuestas interpretativas cuanto su óptica que transgrede las barreras metodológicamente impuestas para delimitar las disciplinas. T. H. Lawrence, historiadores, magnates petroleros, las multitudes hambrientas de riquezas, los sabios en sus laboratorios, las antiguas regiones del Yang-King y del Chansi, Persia y la América febril del siglo XX. Convergen en un tema axial, que recorre los siglos y los inficiona con el aliento de una búsqueda practicada en diferentes espacios y por distintos derroteros.

Evidentemente, Novás Calvo se muestra particularmente sensible al tema racial, que por aquél entonces suscitaba la atención de los intelectuales de un modo acuciante, dado el giro que tomaba la política europea. En el libro *We Europeans*, elaborado por el biólogo Julian S. Huxley, el etnólogo A. C. Haddon y el sociólogo A. M. Carr-Saunders, se estudia el origen y la composición de la población europea.

La nota, «*Ellos, los europeos*»¹¹, trata de elucidar el sentido y alcance de la palabra raza, precisando las falacias que la orientan y determinan clasificaciones erróneas, pues las diferentes ramas de la familia humana históricamente no han cesado de enriquecerse con aportes nuevos. Ni el lenguaje, ni la cultura, ni las supuestas condiciones innatas de ciertos grupos étnicos o geográficos se muestran como nociones aptas para efectuar el deslinde. Su utilización, entonces, no responde sino a intereses políticos que intentan reforzar el concepto de nacionalismo apelando a los tan traídos «lazos de sangre». Los apóstoles del racismo abogan por una raza nórdica o aria, dotada de una supuesta capacidad de conducción e iniciativa de la cual carecen los demás pueblos. La historia desmiente tal aserto, pero el impulso racista permanece: se crispa particularmente cuando se trata de la mezcla del blanco con el negro. Los argumentos meramente biológicos —disarmonía, disimilitud genética— sólo sirven «para justificar un temor económico, un prejuicio de clase, una ambición nacionalista, un orgullo cultural o, aún, un complejo de inferioridad»¹². Y, finalmente, ellos encubren motivaciones exclusivamente político-sociales, como lo es la necesidad de hallar víctimas propiciatorias en situaciones conflictivas. Las leyes contra la inmigración amarilla en los EE. UU., y la legislación anti-semita en la Alemania nazi, son un ejemplo de cómo la cuestión racial disfraza apetencias de poderío económico y político.

11. LII, 156, p. 329.

12. *Ibíd.*

LA REVISTA DE *AVANCE*

Se ha dicho, atinadamente, que escribir es reconocer que la realidad no es transparente. Antes bien, ello supone la reunión del contexto real y el imaginario. Esto podrá apreciarse de manera singular con el advenimiento de la tercera década del siglo, en la cual surgirá en Cuba un movimiento social, político y cultural, profundamente constructivo y renovador. El Grupo Minorista y la revista de *Avance* aportan a la historia de la literatura cubana una visión dinámica y elaborada de la propia cultura que procurará la unión de lo culto y de lo popular. Reconocerse tanto en el mundo como en lo propio soterrado u oculto, o soslayado, será la aspiración que no rehuirá la consideración del criollismo sino que, como también ocurrirá en otros países hispanoamericanos, propondrá una plasmación sincrética de la contemporaneidad. Fernando Ortiz y la Sociedad de Folklore Afrocubano, Cendrars y Stravinsky, la negritud y el pasado decimonónico, permitirán «mundializar» a Cuba.

Es un período francamente rico, en el cual proliferan las reuniones, las creaciones musicales y la narrativa, se difunde la poesía pura y vanguardista, negra y antipoética, exposiciones de pintura contemporánea, las inquietudes de intelectuales ensayistas y críticos recalcan en Pirandello, en Joyce, en las nuevas producciones de la literatura norteamericana. Y se busca superar el mimetismo dinámica, conscientemente, para otorgar a la expresión propia la compleja intensidad de la época. El afán de trascender lo que se ha denominado «pasma de los reflejos coloniales» lleva a querer reducir las distancias culturales. A erigir, en suma, el nuevo crisol que permita el logro de las formas epocales significativas, sintéticas y expresivas de una dinámica en la cual los diversos pasados y el presente se proyecten hacia las creaciones contenedoras de la inquieta búsqueda de los símbolos de la coetaneidad.

Guillén en la poesía, como Caturla y Roldán en la música, producen lo que Wilfredo Lam conseguirá en la pintura y Carpentier y Novás Calvo en la narrativa: lo nacional y la modernidad convivirán en el nuevo sincretismo que caracteriza al siglo.

En la búsqueda de lo cubano, el rostro cambiante de los tiempos estimula la indagación sociológica: Mañach, Lamar, Ramiro Guerra, en el ensayo, abordan el análisis de lo que se dio en llamar «la problemática nacional». Castellanos, Carlos Montenegro, Luis Felipe Rodríguez, Pablo de la Torriente Brau, Enrique Serpa, modelan el registro popular y coloquial del lenguaje, crean el cuento guajiro, el criollismo que no rehuye los bajos fondos de la sociedad, la crueldad y la violencia equiparables a las de la literatura decimonónica de tema negro. El medio urbano alimenta las narraciones de denuncia y de protesta social y aun las creaciones imaginativas, de sesgo expresionista, del pintor Aristides Fernández, donde las criaturas se revelarán inermes frente al mundo visto de manera alucinada.

La que se denominó «era de la danza de los millones», la dictadura de

Gerardo Machado a continuación, la persistencia del modelo decimonónico en la plantación azucarera, el analfabetismo, la corrupción administrativa, la miseria de la República, las propuestas de rebelión, las huelgas y la agitación política violenta, la reforma universitaria de 1923 que hará surgir la Universidad Popular, son sólo algunos de los hechos destacables. Ellos evocan el clima en el cual *Social*, el Grupo Minorista y la revista de *Avance* trascenderán el naturalismo y el pintoresquismo ingenuo, dejarán atrás el tiempo del «choteo» y el relajo, generando la actitud creadora cuya madurez veremos consolidarse antes de promediar el siglo.

Esta atmósfera intelectual y el espíritu que la orientó aparece destacada en «*Los ánimos literarios en Cuba*», nota que Lino Novás Calvo publica en la *Revista de Occidente*, Madrid, 1933:

«Lo que yo sé de las últimas generaciones de las letras en Cuba lo sé mezclado con más de veinte años de convivencia —de vivencias, mejor— con sus motivos y no menos de cinco con sus motivadores»¹³.

La nota se refiere al regionalismo de Luis Felipe Rodríguez, al intelectualismo de Marinello, al «*ánimo refinado y decadente importado de la Francia postbélica*» y que inficionará la poesía de Eugenio Florit, Emilio Ballagas, Pita Rodríguez, Mariano Brull, bien que nos aclara que esta influencia no fue decisiva:

«La *Revista de Avance* no se limitó a ninguna tendencia. Recogió cuanto de bueno se le presentó durante los cuatro años (del 27 al 30) de su existencia, y a ella tendrá que acudir todo el que quiera conocer el movimiento literario cubano de aquellos años»¹⁴.

Novás Calvo precisará: los ánimos son el nacionalismo, el internacionalista, el agnóstico, el decadente y el folklórico, cinco maneras o «temperaturas» originadoras de otros tantos registros o corrientes, pero que tienen en común lo que treinta años más tarde Ambrosio Fornet caracterizará como «un doble movimiento que los ensimisma y los altera», aplicado a esta generación. Distingue así el mimetismo artístico sumiso y parasitario del dinámico, es decir, el que los creadores «...asumen conscientemente para dar a su propia expresión la compleja intensidad de la época», procurando en todo momento la reducción de la distancia que los separa de los centros modélicos metropolitanos. En la creación como en el ensayo interpretativo de obras y autores, absorben y enriquecen el legado modélico, otorgándole la pátina específica de su historicidad grupal e individual.

Novás Calvo discurre acerca de la cuentística de Luis Felipe Rodríguez, cuyo realismo regionalista se le aparece ya empeñado en romper vínculos con las literaturas europeas, vuelto exclusivamente hacia las

13. XLI, 122, p. 235.

14. *Ibid.*

emociones y las hablas locales. Novás Calvo ve a los regionalistas cerrarse sobre sí mismos, distantes, en fin, de sus preocupaciones y tendencias. Así, Marinello, cuyo ensayo sirve de prólogo al libro de cuentos de Felipe Rodríguez, si bien sensible a los motivos locales, se siente atraído por lo que denomina «ánimo» de los conceptos, es decir, una literatura atenta a las ideas. El desdoblamiento entre lo que denomina «cabeza» y «corazón», es consecuencia de la desaparición de la generación de *Avance*, cuyas propuestas fueron desplazadas por la primacía de las luchas políticas frente a la literatura. La diversificación de tendencias, la indagación, la búsqueda, la apertura cultural y el énfasis puesto en lo literario caracterizaron a *Avance*:

«No hemos dejado de padecer tampoco el ánimo refinado y decadente importado de la Francia postbélica. El pecado o la virtud mayores de la revista *Avance*, donde yo surgi y de la cual guardo la más entrañable emoción literaria, fue el haberlo recogido. No es que esta importación haya hecho, sin embargo, grandes estragos. Apenas se dio pura en ningún escritor. Eugenio Florit, que comenzó a trabajar sus versos a plumilla, reaccionó en seguida y transportó su natural finura a emociones sencillas, casi primitivas, de paisaje. Emilio Ballagas, que sabe hacer versos deliciosos de niño grande, rompe con su gimnasia mental y se entrega a motivos más de tierra. Pita Rodríguez, bohemio inveterado de Mont Parnasse, da grandes saltos a lo Drake (el pirata) y vuelve con tesoros de imágenes propias. Mariano Brull, el de factura más perfecta y europea, se salva por su temperamento de poeta genuino. La influencia de la vida yanky por un lado y la manigua virgen por otro, pronto estrujan allí todo brote refinado y sin sangre.»

«La *Revista de Avance*, sin embargo, no se limitó a ninguna tendencia. Recogió cuanto de bueno se le presentó durante los cuatro años (del 27 al 30) de su existencia, y a ella tendrá que acudir todo el que quiera conocer el movimiento literario cubano de aquellos años, movimiento ya agarrotado como un automóvil en una carretera (¿acaso para dar paso a otro?). Sus elementos nos hemos dispersado. La política y los problemas nacionales separaron un poco a sus directores: Marinello, de la calle a la cárcel, y viceversa, en lucha contra Machado; Mañach, entre la biografía de Martí, la creación de la «Universidad del Aire» —puesto que la de la tierra no es posible allí—, sus estudios de filosofía y su batalla con los problemas de cada día; Lizaso, consagrando con su modestia habitual la atención a los valores literarios de América; Ichaso, en el periodismo. Y todos los colaboradores que habían surgido al conjuro de aquella forma a llenar, desanimados, abrumados o en desbandada. De vez en cuando resurge un cuento de Carlos Montenegro, o un poema —magnífico como todos los suyos— de Regino Pedroso. Pero, en general, esto nada añade a lo hecho, porque nada se puede añadir en la turbulencia del momento, y cuando esta turbulencia pase, si pasa algún día, sospechamos que lo que se dé entonces será ya otra cosa, porque tras cada diluvio la humanidad creará siempre otro mundo y otro dios.»¹⁵

15. *Ibid.*

La nota de Novás Calvo constituye un verdadero enlace entre las letras del Caribe y las de la Península, que conecta la *Revista de Occidente* con la de *Avance* —estableciendo así un hito importante en el mapa de las relaciones culturales de ambos países a través de dos de las revistas que merecen la mayor atención de historiadores y de críticos.

En esta nota «caliente» podemos advertir hoy, con la perspectiva histórica ganada, algunas de las preocupaciones más acuciantes de los escritores de la época. En ella se entendió con frecuencia el regionalismo como opuesto a la universalidad y al cosmopolitismo, hacia el cual se orientan necesariamente las vanguardias históricas por su tendencia rupturista de las tradiciones. Hoy sabemos que los textos de la prosa escrita en esos años casi siempre contienen la impronta vanguardista: podemos leer la herencia parnasiana y decadente y advertir la presencia del punto de vista múltiple y unos personajes reacios a las convenciones del investimiento de las criaturas de ficción tradicionales en *La Vorágine*. como podemos advertir la configuración estética del neo-criollismo urbano en los textos rioplatenses.

El legado estético de las vanguardias europeas fue modélico en América: su adquisición se asienta sobre la nunca extraviada mirada hacia su universalidad. En la nueva tradición de las rupturas, como se denomina acertadamente a la impronta estética característica de la modernidad, los hispanoamericanos podían asomarse nuevamente al diálogo tradicional con el occidente modélico, y universalizar aún más su propia perspectiva al volverla comprensible allende las fronteras. El regionalismo halla en su nueva infición por el legado estético vanguardista la expresión que le permitió renovar sus reclamos.

Esta es la perspectiva que vive no sin cierto malestar Novás Calvo, pero en la cual se afirma coherentemente: su infancia en Granas de Sor, su experiencia múltiple en las calles habaneras y en el cayo de carbón, su nueva estancia en Madrid, su contacto permanente con las literaturas anglo-sajonas, trazan un itinerario que lo define. Su literatura, como su vida, es un espacio convergente que se nutre de múltiples espacios, su expresión es justamente la representativa de su época: su sincretismo aporta una nueva modalidad a la índole sincrética de la hispano-americanidad.

ENRIQUETA MORILLAS VENTURA
Universidad Complutense de Madrid
(España)